

Lectura 15. Maureen Fordham y Anne-Michelle Ketteridge, “Los hombres deben trabajar y las mujeres llorar’: un examen de los estereotipos de género en los desastres”. Traducción al español por Yekaterina García, título original en inglés: “Men must work and women must weep: examining gender stereotypes in disasters”, en *The Gendered Terrain of Disaster. Through Women’s Eyes*, Elaine Enarson y Betty Hearn Morrow (eds.), ed. IHC, Laboratory for Social and Behavioral Research, Miami, 2000, pp. 81-94.

La incorporación de la sensibilidad de género a los estudios y el manejo de desastres y peligros sigue siendo poco común (Morrow y Enarson 1996; Fothergill, capítulo 1 de este volumen; Blaikie et al. 1994). Normalmente se adopta una posición neutra de género, a pesar de que existe una actitud muy poco reconocida y examinada sobre las diferentes experiencias y respuestas de las mujeres y los hombres, que, en parte, está expresada en el título de este capítulo, tomado de *Los tres pescadores*, un poema del siglo XIX, escrito por Charles Kingsley. En este poema, las mujeres son reconocidas por ser más emocionales en sus respuestas y los hombres por ser más prácticos. Mientras que esta caracterización no puede ser totalmente descartada como un estereotipo vacío, sigue siendo una generalización, que sirve para reforzar los comportamientos estereotípicos y cerrar las oportunidades para reconocer y permitir otras respuestas. En particular, esto sugiere una determinación inevitable, natural y biologicista de la división de las habilidades y atributos para los que había un gran apoyo popular en el siglo XIX y que desgraciadamente ha conservado una continuación significativa a finales del siglo XX (Segal 1987; Sayers 1982).

Este reduccionismo biológico tiene implicaciones, no sólo en la forma en que actúan tanto hombres como mujeres en los desastres, sino también en cómo hacen el manejo organizado del desastre. Una hipótesis de Tiger propone una explicación del por qué ciertas funciones sociales son realizadas por hombres y no por mujeres. Ésta concluye: “El manejo de la crisis normalmente es función de los hombres... ‘la naturaleza humana’ es tal que ‘no es natural’ que las mujeres emprendan tareas de defensa, vigilancia, y por implicación, de alta política” (Tiger 1969:86, citado en Sayer 1982). Pese a que esta posición podría parecer arcaica y sin aceptación pública, hay clara evidencia basada en la observación para sustentarla. Sin embargo, en cualquier intento de adscribir causas no es posible separar lo biológico de lo social y, de este modo, es el género, no el sexo, nuestro tema.

El particular, pero no exclusivo, enfoque de este capítulo son las mujeres y los hombres en países desarrollados, con énfasis en las formas en que las mujeres se tornan más vulnerables en el proceso de desastre. No obstante, no es intencionalmente determinista ni pretende representar a todas las mujeres de la misma forma. El que describamos los modelos y roles tradicionales y dominantes de género, no descarta la posibilidad de que surjan o de que ya existan diferentes roles. Sin embargo, para la mayoría de las mujeres y hombres, y a una escala generalizada, hay un núcleo común de experiencias compartidas que pueden ser reconocidas.

Teorías espaciales de lo público y lo privado

Frecuentemente, las vidas de las mujeres están estrechamente ligadas a lo ordinario, lo no excepcional y lo mundano. Los espacios que ocupan están socialmente delimitados y

permanecen desproporcionadamente en el terreno doméstico privado. Muchas mujeres, particularmente las madres, son tradicionalmente excluidas o tienen un acceso limitado al espacio del poder, que se encuentra en el espacio público del trabajo remunerado.

La esfera del modelo público-privado es una simplificación útil de las manifestaciones espaciales de una forma particular de relaciones económicas dentro del capitalismo, sin embargo, aquí es utilizado bajo el conocimiento de que su simplicidad binaria esconde una complejidad mayor. Por ejemplo, mientras que las mujeres están estrechamente asociadas con, y predominantemente ubicadas, en la esfera privada, muchas combinan ésta con trabajos remunerados, aunque sea en medios tiempos y de bajo estatus y, por ende, desvalorados o sin reconocimiento en el dominio público.

Las limitaciones del modelo han sido discutidas, entre otros, por Milroy y Wismer (1994), en su estudio sobre las mujeres trabajadoras en Canadá. Han llamado a la deconstrucción de la bipolaridad y a una reconceptualización para incluir una tercera esfera “en donde casa, trabajo y comunidad hacen intersección, y que no deba su existencia a relaciones dicotómicas entre hogares y patrones” (Milroy y Wismer 1994). Involucrarse en la tercera esfera del trabajo comunitario es un elemento importante en el trabajo de desastre (Fordham y Katteridge 1995; Katteridge y Fordham 1995; Neal y Phillips 1990), y esta reconceptualización es una contribución teórica muy valiosa, pero conservamos aquí la dicotomía público-privado por iluminar las relaciones económicas y sociales dentro del capitalismo patriarcal. De cualquier forma, la estructura jerárquica de la dicotomía espacial público-privado debe utilizarse para explorar los orígenes, no únicamente las consecuencias, de las inequidades de género socialmente construidas (McDowell 1988). Más allá de eso, si bien se reconoce la importancia de la teoría abstracta, este capítulo examina de manera general el proceso de desastre a través de ejemplos concretos (véase Pratt 1990; Sayers 1982: 201, para mayor discusión sobre los niveles de abstracción).

La vulnerabilidad de la vida cotidiana

Blaikie et al. (1994:9) definen vulnerabilidad como “las características de una persona, o un grupo de personas, en términos de su capacidad para anticipar, enfrentar, resistir y recuperarse del impacto de un peligro natural”. Hacen énfasis en la falsa separación entre desastres y vida cotidiana, y sostienen que la vulnerabilidad en el desastre surge a partir de las llamadas vulnerabilidades “normales”. Por consiguiente, es de esperarse que aquellas personas socialmente en desventaja sean más vulnerables en una situación de desastre. Un análisis sensible de género apoyaría la posición de que las mujeres en sociedades patriarcales se encuentran en desventaja –social, económica y políticamente– y, por lo tanto, es de esperarse que estas desventajas operarán en situaciones de desastre.

Los estudios sobre desarrollo o los análisis sobre el Tercer Mundo nos aportan algunas referencias sensibles al género o relacionadas a los desastres (véase por ejemplo, Rivers 1982; Jiggins 1986; Ali 1987; Vaughan 1987; Dreze y Sen 1989; Sen 1988, 1990; Agarwal 1990; Kerner y Cook 1991; Begum 1993; Walter 1994a), pero hay muy pocos estudios que se enfoquen en los países desarrollados (Fordham y Ketteridge 1995; véase Morrow y Enarson 1996 y Fothergill 1996 para dos publicaciones recientes que han rebasado estos límites). De este modo, mientras que es más comúnmente aceptado que las mujeres de

países en desarrollo pueden soportar una mayor y desconocida carga durante desastres y emergencias, no se ha reconocido ampliamente que un modelo similar aplique para el mundo desarrollado.

El género en los roles y comportamiento en los desastres

El manejo de los desastres tiende a ser un proceso vertical dominado por los hombres, adoptando un modelo militar/autoritario de “comando y control”. Esto no ha servido únicamente para reforzar las relaciones existentes de género dominadas por los hombres, sino también para extender el dominio masculino en los espacios tradicionales de autoridad femenina. Las mujeres también pueden ejercer un grado de autoridad en el espacio privado de sus hogares cuando normalmente se les niega el poder en el espacio público. Ellas tienen una autoridad aceptada para tratar con las esencialidades básicas del día a día, como el proveer y preparar alimentos, conservar el hogar, y, en países en desarrollo, proveer agua. No obstante, en desastres y emergencias aun esa autoridad puede ser eliminada o disminuida. Para las mujeres con limitado acceso al dominio público, la pérdida del dominio privado de sus casas es particularmente serio (Walter 1994a).

Los hombres, quienes dominan el manejo de la emergencia, son usualmente responsables de la provisión de las necesidades básicas, como comida y agua, en refugios designados. A menudo son las mujeres (como miembros del Women’s Royal Volunteer Service) quienes entregan las provisiones, pero los hombres manejan las operaciones. Donde las mujeres juegan un rol más dominante, aunque rara vez ocupan posiciones de alto mando, es en las áreas de atención y cuidado, como trabajo social, consejería, y ayuda doméstica. Esta división de género del trabajo es problemática en muchos sentidos, incluyendo los problemas del acceso masculino a los sistemas de atención y cuidado “feminizados”.

La influencia del género en los roles y el comportamiento en los desastres y el manejo de los mismos impacta a las mujeres y a los hombres en formas similarmente ocultas, restándole efectividad a la prevención y al manejo del desastre. Nuestros estudios de caso han mostrado notorios niveles de resiliencia y recursos en mujeres entrevistadas, pero ninguna o pocas oportunidades para utilizar estas cualidades en el proceso de desastre oficial (que pertenece al dominio público masculinizado). En este sentido, el concepto tradicional de “las mujeres y los niños primero” resulta ser lo contrario (Myers 1994), mostrando que la conciencia de que abordar las cuestiones de género no es vista como una prioridad en las situaciones de desastre.

Los estudios de caso

Aunque grandes áreas hayan podido ser afectadas, es común que en eventos de desastre se seleccione un área con el propósito de nombrar un evento; los reporteros, durante el desastre, típicamente usan el nombre de un pueblo, región o río como una forma corta de nombrarlo. Esto puede tener impactos negativos en localidades específicas, que se sienten excluidas de la atención y, más importante aun, de los recursos. Este fenómeno ocurrió en los estudios de caso que presentamos aquí (Strathclyde, Perth y Towyn), y este capítulo muestra un reduccionismo similar, aunque nos damos cuenta del contexto en el uso de estas denominaciones convenientes.

Como parte del proyecto, fundado en la Unión Europea: EUROflood (Penning-Rowsell 1996; Ketteridge et al. 1996; Katteridge y Fordham 1996; Fordham y Katteridge 1995), se realizaron una serie de entrevistas cualitativas grabadas, semi-estructuradas, a 20 personas en dos localidades de Escocia y apoyadas, de forma más informal, con técnicas de observación en otros momentos y ubicaciones, como centros comunitarios locales y reuniones con profesionales. El análisis secundario de los datos fue apoyado por pláticas con profesionales en la tercera localidad estudiada en Gales.

Los tres estudios de caso incluyen áreas de privación social y esto torna problemático cualquier selección única de género como una variable determinante. Hay una intersección compleja de género con la clase social, cultura, raza y etnia, aunque las dos últimas dimensiones no son relevantes en este proyecto en particular. Sin embargo, es interesante reconocer la intersección de género con la clase social. Las entrevistas con las personas a cargo de los hogares se realizaron predominantemente con mujeres y con hombres de la clase trabajadora o de clase media baja. Esta estrecha clase social tiende a enfatizar la falta de poder de elección, el acceso limitado a los recursos y, a menudo, tiene una cultura más tradicional en cuanto a su representación de los roles de género, de lo que puede encontrarse en otras áreas de la clase media. Esto implica que algunos de los impactos del desastre que identificamos pueden ser un artificio del proceso de selección, con una mayor relación con la clase social que con el género. Mientras que es virtualmente imposible separar estas dimensiones, se dice que la clase social conduce a resultados con diferencia más de grado que de tipo, como el mayor acceso a los recursos, el transporte personal y un mayor ingreso disponible; elementos a los que las clases sociales más altas tienen acceso, lo cual reduce, mas no elimina, las dificultades de las mujeres para manejar sus vidas complejas, al combinar el trabajo doméstico con el remunerado.

Strathclyde, Escocia

La mayor inundación ocurrida en la región de Escocia de Strathclyde, durante diciembre de 1994, tuvo como resultado tres muertes y pérdidas económicas en la región, estimadas en 100 millones de libras esterlinas (Chatterton 1995). Las localidades inundadas estaban dispersadas en diversas áreas con diferentes características socioeconómicas. A pesar de haber tenido en dos días un promedio mayor de lluvias que en dos meses (Strathclyde Water Services 1995), la inundación fue sorpresiva tanto para los residentes como para los organismos de manejo de emergencias. Una de las áreas más afectadas fue Paisley, que tiene zonas con tasas de desempleo mayores al 80%. Una de estas zonas es Ferguslie Park, reconocida como un “área empobrecida” (Scottish Office 1995), de numerosas viviendas de interés social, donde se vivió la inundación y, conjuntamente con South Paisley, fue el foco de nuestras entrevistas. Las entrevistas en Strathclyde fueron llevadas a cabo tres meses después de la inundación, y fueron incluidos los habitantes, la policía, el Strathclyde Emergency Planning Department, y el ala de Glasgow del Women’s Royal Voluntary Service (WRVS). Pese a que la inundación de Strathclyde cubrió toda una zona, la cobertura se centraba a menudo en Glasgow como la ciudad implicada más grande y también en Ferguslie Park como un área de privación social que ofrecía a los reporteros una “copia” interesante y colorida de mucho interés humano (O’Hagan 1995). Nuestra investigación también se concentró en Ferguslie Park (aunque también se examinaron otras

áreas), pero al hacerlo no queremos dar a entender que otras áreas no sufrieron inundación o que no merecen nuestra atención. El término “inundación de Ferguslie Park” es por conveniencia sin implicar exclusión.

Perth, Escocia

En enero de 1993, Tayside y la ciudad de Perth fueron inundadas. Nuestro foco está en North Muirton, un estado residencial al norte de Perth, donde alrededor de 800 propiedades se inundaron cuando un dique se rompió. Se lanzó una alerta de inundación, pero estaba dirigida hacia las propiedades que veinte años atrás se habían inundado, y el resultado fue que muchos hogares no recibieron la alerta. Muchos cientos de personas fueron al centro de refugio oficial y muchos otros auto-evacuaron antes de la respuesta oficial a la emergencia. Se entrevistó a los residentes, al director de una escuela primaria local, Servicios Sociales, y miembros del equipo de respuesta a la emergencia en North Muirton.

Towyn, al norte de Gales

Las inundaciones que afectaron la costa norte de Gales en febrero de 1990 dañaron cerca de 3000 propiedades en Pensarn, Belgrano, Towyn y Kinmell Bay. Como en otras inundaciones, Towyn fue el foco de la atención y es el nombre normalmente asignado a la inundación. La inundación fue ocasionada por la falla de un muro de contención del mar y ocurrió durante el día. Muchas de las personas que vivían en las casas de un solo piso (forma común de los desarrollos costeros) pudieron haberse ahogado si hubiese ocurrido por la noche. Nuestra investigación en Towyn ha estado basada, primeramente, en reportes y artículos publicados previamente (Kay y Wilkinson 1990; Norris 1990; 1995; Welsh Consumer Council 1992; Homer 1993), y en la discusión con profesionales involucrados. No se realizó ninguna entrevista con sobrevivientes de la inundación, pero este estudio de caso es tema para una investigación llevada a cabo en este momento relacionada específicamente con los impactos de desastres en los hombres.

Las mujeres como grupo vulnerable

Las mujeres forman un grupo vulnerable particular que carece del necesario apoyo y reconocimiento oficial a causa de la gran complejidad oculta del dominio privado que ocupan las mujeres. Ellas sobrellevan una carga incrementada durante, y mucho después, de los eventos de inundación, debido a su generalmente bajo estatus económico y social, así como también a las mayores responsabilidades de sus casas y del cuidado de los niños, que a menudo se presentan conjuntamente con trabajos mal pagados fuera del terreno doméstico. Como lo describe una mujer: “[Mi hija está] fuera, trabajando. Tuvo que regresar a trabajar porque su jefe no le cree que tuvimos una inundación... Ella tuvo cinco días para arreglar todo y regresar a trabajar. De no haberlo hecho hubiera sido saqueada... Tuvo que regresar al trabajo y yo tuve que llevar conmigo a mi nieto a todos lados a donde iba”. Ella debía procurar por su propia joven familia, pero también cuida a los hijos de su hija mayor. Esta relación especial se rompió cuando fueron puestos en refugios temporales que se encontraban a cierta distancia.

Muchas mujeres también cuidaban a los vecinos mayores, reduciendo su dependencia de los servicios de cuidado oficial. Esto les da un apoyo importante a muchos que no buscan ayuda oficial debido a que se ve como un estigma el hecho de pedir ayuda. Las redes informales para el cuidado de los niños y de otros apoyos, son escasamente reconocidos y valorados, pero tienen un papel importante, especialmente en las comunidades con menos ventajas.

A pesar de que los eventos extremos se volvieron centrales en las vidas de aquellos que estuvieron directamente involucrados, para quienes están fuera de la comunidad del desastre las implicaciones de su impacto no son reconocidas y son entendidas muy pobremente. Muchos de quienes tienen trabajos inseguros, pobremente pagados y de medio tiempo, no pueden tomarse el tiempo necesario para lidiar con todos los detalles de sus vidas impactadas por el desastre. En el modelo tradicional familiar (que ahora se ve con menos frecuencia), la división del trabajo era tal que los hombres debían y podían continuar con su trabajo en los espacios públicos debido a que las mujeres se enfocaban exclusivamente a la esfera doméstica tratando de limpiar, reparar, reconstruir o reemplazar lo que se había perdido. En los arreglos más complejos de hoy en día (históricamente más frecuentes en hogares pobres), las mujeres deben manejar tanto lo público como lo privado, y bajo obligaciones similares. No se espera que los arreglos domésticos interfieran con el trabajo asalariado: se asume de forma no explícita que estos problemas deben ser manejados por una dependiente femenina. Un entendimiento más adecuado de la compleja realidad de la vida de las mujeres permitiría una mejor evaluación y mejoraría significativamente el manejo del desastre a largo plazo.

Expectativas estereotipadas del regreso a la “normalidad”

Uno de los principales propósitos de la planificación para la emergencia es permitir a la comunidad, tan rápido como sea posible, el regreso a la normalidad, pero esta normalidad está enfocada a la esfera pública, por ejemplo, a los canales de comunicación y los negocios. En la esfera privada, una vez encontrado un hospedaje temporal, se piensa que la peor etapa de la emergencia ha pasado, pero las condiciones de los refugios temporales, albergues y hospedajes temporales pueden incrementar en mucho la carga de trabajo diario y los niveles de estrés en las mujeres, particularmente en las primeras etapas cuando la gente puede estar en hoteles y hostales (que incluyen cama y desayuno), que tienen que desocuparse desde muy temprano hasta entrada la tarde. Esto no es un problema serio para aquellas personas que tienen un empleo asalariado durante el día y acceso a transporte privado, pero este tipo de arreglos pueden ser muy problemáticos para mujeres con niños, especialmente con preescolares. Estas dificultades son exacerbadas si tienen otros problemas con los cuales lidiar, como el embarazo:

El señor X me sugirió que fuera a un hotel y me quedara ahí mientras mi esposo iba al trabajo... yo le dije: “¿Y yo qué voy a hacer todo el día con mi hijita?”

“Bueno, puede irse a la Escuela de Gramática (en el Refugio Oficial).”

Le contesté: “¿Diario? ¿Qué va a pasar si comienzo a tener mis contracciones y tengo a este bebé? ¿Qué voy a hacer con mi hijita? ¿Alguna sugerencia?”

“No.”

Le dije: “¡Bueno, pues no voy a ir a ningún hostal”.

Estas situaciones se salen de la obvia esfera económicamente productiva y no parecen tener la misma importancia o urgencia para quienes manejan el desastre. De hecho, una creencia encontrada comúnmente en las subculturas de proveedores de servicios es que las personas (clientes o consumidores) a cambio de tales beneficios deben estar sumamente agradecidas por lo que se les está dando, aunque sea insuficiente o inapropiado. El tratar de mantener ocupados a niños por seis u ocho horas en refugios temporales públicos es extremadamente estresante no sólo para las madres sino también para los otros ocupantes, especialmente las y los adultos mayores.

Mientras que las vidas de los hombres que juegan roles tradicionales sólo puede ser afectada de forma marginal por el hecho de moverse a refugios temporales, las vidas de las mujeres son impactadas de muchas formas, algunas veces sin que sus parejas lo reconozcan:

La vida de él no cambió. Su trabajo de lunes a viernes era el mismo, pero de viernes a domingo seguía creyendo que saldría al pub. Yo me quedaba en la tienda de campaña en la zona de refugio y eso era lo que yo no podía soportar. No podía lidiar con mi casa ni con él... un nuevo bebé y todo... Al final sólo pensé, perfecto, aquella noche en especial... él se había salido... bebió un trago y todo lo demás y dije: He tenido suficiente y me voy.

O sea, todo su esfuerzo lo hacía encogerse de hombros y suspirar. O sea, yo estaba volteando mi casa, viendo por mis hijos, preocupándome hasta enfermarme... y sentía que él sólo pensaba que estábamos en un lugar cómodo... "Me gusta" y yo decía "pero no entiendes". Él no entendía cómo estaba yo. Y realmente me di cuenta de lo idiota que él era. O sea, si no hubiéramos tenido la inundación simplemente me hubiera quedado con él.

Las facilidades disponibles en refugios temporales pueden ser insuficientes para el apoyo de un gran número de familias que tiene que mudarse a ellos sin las comodidades domésticas diarias. Por ejemplo, para un gran refugio temporal sólo se había previsto una lavadora.

Había 50 tiendas de campaña y una lavadora: era el infierno tratar de lavar todo lo de los niños... Tenias que sentarte como hasta las 5 de la mañana y si veías que estaba libre, corrías y metías tu ropa.

Me tomó mucho tiempo acostumbrarme. Sentía como si me hubiera desconectado de la realidad. Y bajar hacia esa lavadora... O sea, una noche en particular [mi hija] estaba enferma, vomitaba en todos lados: en la recámara de ese camper, almohadas y todo. Bueno, puedes imaginarte el tratar de lavar todo eso en esta pequeña lavandería, formada en una fila, y tenerlas lavadas, secas y listas para volverlas a poner en la cama. ¡Dios!

Solía ver a X quien administraba el refugio temporal, la tienda y tenía las llaves de la lavandería. Me paraba fuera de la tienda de campaña en las mañanas y lo veía abrir la lavandería. Entonces agarraba mi ropa y corría como el diablo, porque, pues estaba lavando para cinco.

Después de mucho protestar, fue agregada, posteriormente, una segunda máquina: aún totalmente insuficiente para el número de familias que dependían de ella. Pero un beneficio positivo de compartir la lavandería fue la relación que se estableció entre las mujeres que la usaban.

A menudo mudarse a refugios temporales significa mayor tiempo de transporte y mayores gastos para llevar a los niños a la escuela y para hacer compras. En el caso de Perth, la falta de espacio para almacenamiento y refrigeración implicaba que las mujeres tuvieran que hacer con mayor frecuencia, en ocasiones a diario, viajes para comprar comida. Esto puede significar mayores costos de viaje, pérdida de tiempo y, si las compras se hacen en las pequeñas tiendas locales, generalmente precios más altos por los bienes de consumo.

Debe mencionarse que para algunas personas los refugios temporales significaban un respiro, o incluso, vacaciones previas al regreso a casa, que era más estresante. Para aquellos sin hijos pequeños o sin otras obligaciones, el desplazamiento a refugios temporales puede ayudar:

Era feliz en el refugio temporal. Mucha gente no lo era pero yo lo amaba. Era verano. Era un buen lugar. Los niños iban a los campos de juego y nosotros lavábamos la ropa donde podíamos. Teníamos una tienda en caso de que se nos hubiera terminado algo. El sitio de refugio estaba en terreno alto, así que no te inundaba el agua. Era feliz ahí. Pude haberme quedado ahí felizmente. Bueno, las recámaras estaban un tanto abarrotadas y hacía un poco de frío en invierno, pero nos dimos cuenta de que éramos bastante felices ahí... ese periodo fue para mí un respiro. Sí, tienes que arreglártelas en muchos casos, con los muebles y todo, pero tienes este pequeño y seguro refugio y fue un pequeño respiro. Cuando regresas a casa es cuando sientes todo el estrés.

No sé si fue una combinación... de estar sola o por la manera como me sentía, pero realmente disfruté mi refugio. Realmente lo disfruté. Sentí como si fuera la primera vez que tenía paz.

La reubicación a casas temporales normalmente se hace por fases y se procura mantener a los vecinos juntos, por ejemplo, para limitar sentimientos de aislamiento. Sin embargo, hay otros factores como la edad, que deberían ser de igual importancia para determinar las localidades específicas. Las familias, especialmente las monoparentales con bebés e hijos muy pequeños, tienen particulares dificultades para desplazarse a lugares como tiendas, guarderías, servicios de salud y lugares de trabajo. El impacto se amortiguaría si se dedicara mayor tiempo a la planeación de estas mudanzas. Se ha reconocido que no es común la disponibilidad de una gran cantidad de viviendas temporales de estándares satisfactorios y dentro de una distancia razonable del área del desastre. Sin embargo, deben tomarse tales decisiones de reubicación, aun con estos limitantes, y pueden perfeccionarse si se toman con información.

Normalidad redefinida

El regreso a la “normalidad” que buscan los planeadores de la emergencia tiende a ser una idea simplista. Lo ordinario y lo cotidiano debe empezar a ser visto como elementos difíciles que necesitan interpretación (Buttimer 1976). Su aparente obviedad o transparencia es engañosa. El retorno de las viviendas temporales a los hogares rehabilitados, puede ser visto como una forma de normalidad. Sin embargo, el tiempo, la complejidad y la dificultad implicados en la creación de un hogar, así como la naturaleza simbólica de un hogar no han sido examinados o los han subestimado.

La utopía para ellos puede ser tener las llaves de sus casas. Eso es lo que todos querían. Y no creo que hubiera alguna persona quien no lo quisiera. Cuando les dieron sus llaves, fue cuando se

colapsaron. Teníamos gente desmayándose en el pavimento en el camino a sus casas, gente que introducía las llaves en las chapas, pero que no podían darles vuelta para abrir.

Gasté una fortuna en esa casa porque era totalmente nueva. Solía pararme y admirar mi sala... hermosa porque nunca la había tenido... Tuve muchas deudas para eso, para tener lo que quería en mi casa. Cuán acogedora era mi sala. Y ahora todo se fue. Todo está bajo el agua. Fue... cuando murió mi papá, estaba destrozada, y así es justo como me siento ahora por mi casa. ¿Sabes? Perdí mis pertenencias, todas las cosas que eran importantes para mí, las perdí todas; todas se han ido. Así es como me afectó. Fue una gran pérdida.

El costo directo de las inundaciones y de otros desastres pueden determinarse, pero son los elementos intangibles los que pueden considerarse como la mayor pérdida (Green et al. 1985) y éstos, por su naturaleza, son difíciles o imposibles de reemplazar o recompensar. Como revela el siguiente testimonio, la compensación financiera, aun cuando pueda ser adecuada para reemplazar los bienes perdidos, no puede reemplazar las múltiples cosas pequeñas que se necesitan para crear un hogar. Algunas personas cuya casa sufrió daños en la planta baja, pero en las que la parte de arriba quedó igual a como estaba antes de la inundación, se dan cuenta de que pasan mucho más tiempo arriba, donde las cosas resultaban ser más familiares:

La casa no es la misma. Tomó cerca de 18 meses, eso es lo que yo diría, para que empezara a sentirse bien. Pasé mucho más tiempo en la parte de arriba porque me resultaba más familiar el entorno que en la parte de abajo. No me gustaba. No se sentía como casa. No se sentía como mi sala, como mi cocina, porque no estaban como las había dejado. Sé que suena raro, pero tomé mucho tiempo... No había cosas personales porque todo se había ido (con la inundación)... no había nada aquí con lo que dijera “esto es mi casa”, así que no me gustaba. Era ajena.

Y cuando regresamos a casa... era algo extraño... la cosa es que sentías que de hecho nada te pertenecía.

La cosa era que... estabas comprado cosas... estabas ordenado cosas (pero) no había alegría y la gente solía decir “estás obteniendo cosas nuevas, debe ser genial”, pero yo decía “realmente no lo es”. Y se obtiene cierta satisfacción al trabajar por algo y después tenerlo. Pero... yo no sentía ninguna satisfacción al salir y recoger algo para esa casa mía... O sea, antes (de la inundación) yo tenía una cocina... absolutamente hermosa. Y ahora tengo esto, lo que llamo un montón de latas. La detesto. De hecho, hay muchas cosas en mi casa que detesto.

Así que al parecer, el mítico regreso a la normalidad va más allá en el futuro, mucho más allá incluso que los daños originales a las casas –un retorno que pudo haberse pospuesto un año o más.

“Definitivamente se comprobó que las mujeres son más fuertes”

Lo que más impacta al entrevistar a sobrevivientes en desastres es la forma en que las personas, bajo múltiples presiones, pueden tener tal resiliencia. Muchos de los entrevistados en nuestros estudios de caso ya estaban bajo presiones por la pobreza, que los exponía a ciertas actitudes discriminatorias antes, durante y después del impacto del desastre. Y sin embargo lograron no sólo sobrevivir, sino que en algunos casos se volvieron más fuertes. Es claramente inapropiado referirnos a ellas como “víctimas” del desastre.

En algunos casos, las mujeres obtuvieron una imagen más positiva de sí mismas al reconocer sus habilidades para enfrentar los problemas:

Regresaré [a la casa inundada, ahora restaurada]. Debo admitir que algunas veces dijimos que no regresaríamos. Pero lo he pensado. Estaría huyendo siempre del miedo. Estaría huyendo todo el tiempo. Voy a regresar.

Mi doctor... me escribió una receta, y la miré... “¡No voy a tomarme eso! ¡Al diablo con eso! ¡De ninguna forma!”, y de repente las lágrimas se detuvieron y, de pronto, ya estaba luchando otra vez porque él me había prescrito tranquilizantes, y no había forma de que yo los tomara.

No tengo un hombre. He tenido que luchar mis propias batallas. He luchado largo y duro. No tenía un hombre al cual voltear, al cual llorarle, así que tuve que levantarme y enfrentarlo.

Separadas de parejas que no las apoyaban:

Para ese entonces, de cualquier forma, ya había sacado a mi esposo porque ya me había dado cuenta de lo inútil que era. Porque durante toda la inundación y lo demás él no me ayudó para nada.

Y al hablar de un rol activo en la comunidad:

Era una de las muchas de las que se sentaba y dejaba que los demás hicieran todo y no podían molestarme, incluso para cuestiones de política local [pero] me involucré en todo eso. Ahora pienso que a veces he tomado mucha responsabilidad, pues parece que es una lista sin fin de juntas y de recaudar dinero y de ese tipo de cosas... para mí eso fue una ayuda para mí misma. Pensé que podía hacer dos cosas: podía sólo sentarme y preocuparme todo el tiempo o podía involucrarme. Y pensé, claro, me involucraré. Y ahí empezó todo.

Neal y Phillips (1990) han notado una preponderancia en las mujeres dentro de grupos ciudadanos emergentes, y en roles de liderazgo dentro de estos grupos. Sólo encontramos una minoría de mujeres en tales roles, si bien es importante reconocer que un gran número de mujeres activas en la comunidad no sería frecuente al interior de entornos mayormente compuestos por la clase trabajadora. Mientras que algunas mujeres han descubierto una nueva confianza en sí mismas al participar en la tercera esfera del trabajo comunitario, a muchas otras les falta conocimiento y experiencia en los mecanismos para lidiar con éxito con las autoridades y las figuras de autoridad (Fordham y Katteridge 1995).

Los impactos sociales de la reestructuración social y familiar que empoderó a algunas mujeres semeja lo que ocurrió en algunos pueblos antiguos de mineros, en los que las mujeres tuvieron un nuevo rol durante el año que duró la huelga de los mineros, de 1984-1985 (Samuel et al. 1986) y después de eso, cuando los pozos fueron cerrados, y ellas se volvieron el mayor ingreso de la familia.

Ella se ha vuelto más asertiva desde la inundación. Escuchar a Mary [nombre ficticio] antes de eso, ya sabes, era “dejen que Bob tome las decisiones” y si Bob quería algo, ella salía por ello... así se acostumbraba en este matrimonio duradero. Hasta la inundación, fue cuando todo cambió. Ella tomó las decisiones, ella hizo la lucha, fue quien estuvo moviéndose, y se volvió más asertiva. Y ahora esa es la brecha entre ellos dos.

En algunos casos los eventos de desastre aceleran un proceso personal y/o un cambio social que de cualquier forma iba a suceder. En otros casos, puede ser el gatillo para desencadenar modificaciones psicológicas o de vida.

Emociones masculinas y eventos extremos

Hay evidencia, alguna meramente anecdótica, sobre la particular forma que adquieren los efectos traumáticos en los hombres durante eventos extremos. La investigación en esta área continúa, pero apunta a la aparición tardía de síntomas de estrés en los hombres, en algo más de dos o tres años después del evento. Después de la inundación de Towyn, un inesperado número de hombres se presentaron en los hospitales locales con síntomas relacionados con el estrés. La mayoría de los hombres parecen enfrentar bien los eventos extremos, pero, a menudo, simplemente no expresan la ansiedad que sienten. Esta ansiedad puede estar relacionada con la pérdida de los roles tradicionales como protectores y proveedores de sus familias. Se encuentran a ellos mismos imposibilitados para prevenir el desastre, y para manejar y aminorar las dificultades subsecuentes. Los estudios de caso escoceses respaldaron los hallazgos en Towyn: “Mi mejor amigo pudo enfrentar todo lo que se le presentaba, pero de repente no pudo... se enojó mucho... no con algo, sino con la gente en la oficina, la burocracia. Realmente se enojó mucho con ellos”.

A menudo parece que los hombres buscan soluciones prácticas, no emocionales, al desastre, y cuando no hay espacio para la ayuda práctica (tal vez porque esa función ha sido asumida por organismos oficiales o porque los daños son tales que el nivel de ayuda necesario está más allá de sus capacidades), pueden sufrir ansiedad y alteraciones emocionales que no sepan expresar. Estos impactos emocionales del desastre pueden alcanzar a otros miembros de la familia o de la comunidad, como en este ejemplo del hijo de una familia monoparental que había asumido el rol de “hombre de la familia” pero que estuvo ausente durante la inundación:

Ahora cuando fue tiempo de mudarnos, de echar todo afuera, para regresar cuando el agua bajara y dejar todo listo para tirarlo, lo cual era muy traumático, él no pudo hacerlo. Literalmente no pudo hacerlo. Se derrumbó. Y mucho de ello fue que no podía dejar de culparse a sí mismo por no haber estado ahí esa noche para ayudarnos. Y a pesar de que no estuvo aquí la noche de la inundación, la inundación lo afectó. Y eso es algo en lo que la gente no piensa. No sólo nosotros estamos involucrados, también otros miembros cercanos de la familia que no estuvieron aquí pero sienten que debieron haber estado y por eso se sienten impotentes.

Aquellos que logran lidiar con lo que ellos perciben como inadecuación en ellos lo hacen de diversas formas y a veces durante largos periodos de tiempo: “Tuvo un efecto marcado en él. Y lo que lo ha ayudado, de hecho ya ha hecho dos viajes a Rumania, es llevar ayuda a los huérfanos. Y ha hecho esto desde la inundación, es casi como si dijera: ‘bueno no pude hacer nada por ti, pero puedo hacer algo por alguien mas’ ”. El desastre no se acaba cuando la gente regresa a sus casas; los efectos duran y resurgen después de bastante tiempo.

Sistemas de cuidado y atención con enfoque des género

Es común encontrar que a las mujeres se les relacione con el cuidado y la atención, tanto en los espacios privados como en los públicos. Sin embargo, sin una representación adecuada de género al interior de las organizaciones de cuidado y de atención, existe el peligro de que algunos necesitados se sientan ajenos y no vendrán a pedir ayuda.

Es decir, los hombres no vienen a hablarles a las mujeres de sus problemas. De ninguna forma, si acaso sólo algunos.

No lo sé, me pregunto, por los hombres que he conocido, ¿cuántas oportunidades tienen los hombres de involucrarse? No creo que tengan oportunidad. Creo que se ha visto y se ha considerado como el rol de trabajadoras femeninas.

En una zona de estudio, donde se requería ayuda terapéutica, los consejeros observaron mientras se encontraban ahí para atender a las mujeres en las familias, que era notorio que los hombres eran quienes más necesitaban ayuda. Los hombres se quedaban sentados prestando atención desde la parte de atrás o tomaban parte eventualmente. Es posible, por tanto, que no hubiera mecanismos satisfactorios para que los hombres pidieran ayuda. También es el caso que se asocia a las mujeres no sólo con proveer, sino también con recibir cuidado. Así, los hombres no pueden dejar atrás fácilmente características estereotipadas que los hacen pensar que buscar ayuda es una muestra de debilidad.

Al parecer, los hombres no obtienen apoyo emocional a través de los canales informales desarrollados por las mujeres. En el refugio temporal, por ejemplo, las mujeres establecieron lazos al conocerse en la lavandería:

La camaradería en las mujeres se daba de un segundo a otro. Todas las amigas estaban en la lavandería. ¡Pero ninguna de ellas pudo identificar a ninguno de los esposos de las otras! Podían estar sentadas en las tiendas por las noches y algún hombre podía pasar: no serían capaces de decir quién era, porque los hombres vivían más en solitario. Salían a trabajar, regresaban y se sentaban en la tienda. No había la misma relación, los hombres no se mezclaban en el lugar.

El lugar tradicional de reunión de los hombres, los pubs, parecían no ofrecer este apoyo.

Conclusiones e implicaciones en las políticas

Esta investigación ha ofrecido ejemplos de estereotipos de género tanto en actitudes como en comportamiento. Las mujeres han sido asociadas con, y colocadas en el ghetto de la esfera privada que se ha definido como sencilla y transparente. Las complejidades del ambiente doméstico, sus superposiciones con el dominio público y las reales y potenciales contribuciones de las mujeres a la prevención y al manejo de los desastres no han sido reconocidas. Los hombres han sido obligados a esconder sus respuestas emocionales debido a están asociados estereotipadamente con lo activo y lo práctico, y, en algunas ocasiones, sienten ajeno el cuidado femenino y las facilidades de apoyo. Se necesita más investigación para un mejor entendimiento de las diferentes necesidades de mujeres y hombres, y de sus respuestas a los desastres.

El mundo de la prevención y del manejo de los desastres es de dominio masculino y está orientado a la acción. En el momento inmediato después del desastre hay mucha energía

puesta en el incuestionablemente necesario desplegado de botes de rescate, helicópteros y cosas por el estilo, pero existe una carencia de “primeros auxilios emocionales”. Debemos romper el cordón de ayuda práctica y ofrecer más consejeros, psicólogos, y otras personas que puedan hablar con los sobrevivientes, buscando a aquellos que se encuentren vulnerables emocionalmente y ofrecerles apoyo inmediato. Esto puede ser particularmente importante para hombres y niños, quienes no buscan ayuda fácilmente.

Estos estudios de caso han descrito la forma en que algunas mujeres tienen una vida más difícil y, en consecuencia, la razón por la que son más vulnerables en situaciones de desastre. Se ha sugerido que esto se debe a que la complejidad de los espacios mayormente privados en los que ellas actúan no se ha entendido ni reconocido, al interior (ni fuera de) la prevención y el manejo del desastre. La inclusión de un mayor número de mujeres en la profesión del manejo de emergencias puede ayudar, a largo plazo, para acabar con esta falta de entendimiento. Sin embargo, hay otros mecanismos más importantes para hacer un progreso más inmediato.

Específicamente, sugerimos que las necesidades de las mujeres sean parte de una planeación de la emergencia más formal en el proceso del manejo del desastre. Mientras que sí se reconoce que los ancianos o las personas con capacidades diferentes, por ejemplo, tienen necesidades específicas que deben ser tomadas en cuenta en eventos de emergencia, también las necesidades de las mujeres deben ser una categoría de atención reconocida. Se necesitan futuras investigaciones para examinar exactamente cuáles son estas necesidades y formular las estrategias de implementación. Puede haber elementos en común para muchas mujeres y comunidades, pero hay algunos que son distintos por las características locales basadas en el acceso a los recursos y otros factores, y esto requiere de planeación. Además, las habilidades de resiliencia y organización demostradas por las mujeres en sus hogares y en los grupos emergentes, deben ser canalizadas de forma útil para la planeación de la emergencia y el manejo de los desastres a escalas locales y de mayor amplitud. Es sabido que las mujeres han desempeñado papeles más importantes en grupos emergentes, pero esto se ha desarrollado sobre bases temporales e inmediatas y necesita planearse para ofrecer facilidades e implementación como parte del proceso del manejo de los desastres.

También hay oportunidad en la crisis. El reconocimiento de la complejidad de la vida de las mujeres permite un mayor entendimiento de las necesidades y un mejor manejo del desastre a largo plazo. Esto depende en última instancia de un cambio ideológico fundamental que rompa la dicotomía de lo público-privado y su jerarquía inherente que torna subserviente a la esfera doméstica feminizada de la pública masculinizada. Mientras tanto, la adopción de las recomendaciones señaladas líneas atrás puede mejorar algunos de los impactos dañinos de largo plazo de los desastres.

NOTA

Mucha de la investigación discutida en este capítulo se llevó a cabo como parte del Proyecto EUROflood (Programa del Medio Ambiente de la Unión Europea, Contrato número EV5V-CT93-0296) coordinado por el Flood Hazard Research Center de la Universidad de Middlesex.